como el glaciarismo en relación con la cronología cuaternaria, la morfología de la industria, el arte rupestre y últimamente el establecimiento de círculos de cultura dentro del paleolítico inferior. Por ello su libro tiene un gran valor tanto como síntesis, como para estudios de detalle.

Contra lo que pudiera hacer creer la semejanza del título, no es una nueva traducción del «Hombre fósil» español. En el que reseñamos, aprovechando el enorme aumento que han tenido los hallazgos españoles en los últimos años, la península ibérica ocupa el lugar preferente. Se tratan con la debida extensión el problema de los eolitos, el glaciarismo, la fauna y flora cuaternarias, las industrias y la vida paleolíticas, los mismos asuntos en relación con España, el arte paleolítico y su desarrollo, la cronología geológica del paleolítico y el epipaleolítico. Completan la obra unos apéndices con una extensa bibliografía ordenada metódicamente, notas e índice de nombres y materias.

El profesor Osborn, del Museo Americano de Historia Natural, ha escrito una introducción destinada a hacer notar la especial importancia de la prehistoria peninsular.

Indudablemente, la Hispanic Society, que ha editado el libro con todo el lujo y buen gusto que acostumbra y que no ha regateado láminas, algunas en colores, ha dado una nueva muestra de su interés por el estudio de las cosas de España y contribuirá a que nuestros materiales sean mejor conocidos en el extranjero y contribuyan a la solución de problemas de orden general.—*P. BOSCH GIMPERA.*

Errata. En la pág. 165, línea 14, donde dice «Crisóstomo», debe decir «Marcela».

IMPRENTA DE RAFAEL CARO RAGGIO: MENDIZÁBAL, 34, MADRID

Año III pp.273-301 N.° XXI

Revista de Occidente

Director:

José Ortega y Gasset



Sumario

PÍO BAROJA: *La nave de los locos. Prólogo casi doctrinal sobre la novela* * JORGE SIMMEL: *Cultura femenina* * BERNARD SHAW: *Coloquio con Archibaldo Henderson* * J. MORENO VILLA: *Tras la morfología de Rubens*

NOTAS.—CORPUS BARGA: Jacques Riviere * E. DÍEZ-CANEDO: El país donde florece la poesía: U. S. A. * JOSÉ MARÍA DE COSSÍO: El Caballero de Oliveira * A. MARICHALAR: Mutaciones * A. M.: Arland el atormentado * MAURICIO BACARISSE: Jean Jacques Brousson, *Anatole France en zapatillas* JUAN CHABÁS: Antonio Restori, *El caballero de Gracia* * E. GIMÉNEZ CABALLERO: Américo Castro, *Lengua, Enseñanza y Literatura* * R. M. TENREIRO: Annemarie von Puttkamer, *Die Schwestern;* Max Brod, *Leben mit einer Gotting*

Precio: 3,50 Madrid Marzo 1925

Alocución a mis muñecos

Al reanudar el viaje con mis amigos en el auto he supuesto que todos los tipos míos, medio vistos, medio pensados, observan las vacilaciones de mi espíritu un poco cariacontecidos. Así que, para tranquilizarlos, mientras el paisaje y el mar sombrío corren por delante de mis ojos, he murmurado:

—Queridos hijos espirituales: todos entraréis, si no en el reino de los cielos, en mi pequeña barraca; todos pasaréis adelante, los buenos y los malos, los imaginados y los soñados, los de manta y los de chaquet con trencilla, los bien construídos y los deformes, los muñecos y las figuras de cera. Los más humildes tendrán su sitio al lado de los más arrogantes. Nos reiremos de los retóricos y de las gentes a la moda, de los aristócratas y de los demócratas, de los exquisitos y de los parnasianos, de los jóvenes sociólogos y de los que hacen caligrafía literaria. Seremos antialmanaquegothistas y antirrastacueros. Saltaremos por encima de las tres unidades clásicas a la torera; el autor tomará la palabra cuando le parezca, oportuna o inoportunamente; cantaremos unas veces el *Tantum ergo* y otras el *Ça ira;* haremos todas las extravagancias y nos permitiremos todas las libertades...

Pío Baroja

Cultura femenina

Cultura objetiva y cultura subjetiva

PUEDE considerarse la cultura como el perfeccionamiento de los individuos merced a la provisión de espiritualidad objetivada por la especie humana en el curso de la historia. Decimos que un individuo es culto cuando su esencia personal se ha completado asimilándose los valores objetivos: costumbres, moral, conocimiento, arte, religión, formas sociales, formas de la expresión. Es, pues, la cultura una síntesis singularísima del espíritu subjetivo con el espíritu objetivo. El último sentido de esta síntesis reside, sin duda, en el perfeccionamiento individual. Mas para que ese perfeccionamiento se verifique es preciso que los contenidos del espíritu objetivo existan como realidades propias, independientes de quien las creó y de quien las recibe, de manera que constituyan a modo de elementos o estaciones en el proceso de perfeccionamiento. Y así, esos contenidos, esto es, el conjunto de lo

que ha sido expresado y hecho, de lo que tiene existencia ideal y eficacia real, el complejo de los tesoros culturales de una época, puede llamarse la «cultura objetiva de dicha época».

Ahora bien, una vez determinada la cultura objetiva, plantéase el siguiente problema, bien distinto y peculiar: ¿con qué amplitud, con qué intensidad se apropian los diferentes individuos esos contenidos de la cultura objetiva? Este es el problema de la cultura subjetiva. Tanto desde el punto de vista de la realidad, como desde el punto de vista del valor, ambos conceptos son independientes uno de otro. Puede ocurrir que de una cultura objetiva muy elevada esté excluída la gran masa de los individuos. Por otra parte, puede suceder también que, siendo relativamente baja la cultura objetiva de una época, participe de ella la masa, de manera que la cultura subjetiva alcance un nivel relativamente alto. E iguales variaciones se ofrecen en el juicio de valor. El hombre de temple individualista puro, y sobre todo de temple social, estimará la importancia de la cultura según el número de personas que en ella participen, según la mayor o menor amplitud de esa participación, según el refinamiento y la felicidad, la belleza y la moralidad que la vida de los individuos adquiera por su contacto con los bienes culturales. Pero quienes antepongan a la utilidad de las cosas las cosas mismas, quienes sobre el impetuoso torrente de la acción, del goce y del dolor contemplen el sentido intemporal de las formas perespiritualizadas, éstos buscarán ante todo la modalidad de la cultura objetiva y dirán que el valor real de

una obra de arte, de un conocimiento, de una idea religiosa y hasta de una norma jurídica o moral no depende en manera alguna de la mayor o menor frecuencia con que tales bienes culturales se incorporen al curso fortuito de la vida real.

En el cruce de esos dos caminos se desvían igualmente los dos problemas estimativos que plantea el movimiento feminista moderno. Por su origen, el feminismo parece caminar en la dirección de la cultura subjetiva. Al querer las mujeres adoptar las formas de la vida y de la producción masculinas, aspiran, sin duda, a participar personalmente de los bienes de cultura ya existentes, pero de los cuales se han visto excluídas hasta ahora. Quieren, pues, aumentar su cultura subjetiva, ya sea este aumento para ellas origen de nuevas felicidades, imposición de nuevos deberes o desarrollo de una nueva educación personal. Pero siempre se trata de un empeño que no trasciende de lo individual, aunque haya de extenderse a millones de seres en el presente como en el futuro. Es como una multiplicación de los valores, no una creación de valores nuevos en el sentido objetivo. En esta dirección se orientan los aspectos eudemonísticos, éticos, sociales del movimiento feminista.

Pero no por eso desaparece el otro problema, mucho más abstracto, mucho menos apremiante. ¿Dará lugar el movimiento feminista a nuevas producciones? ¿Aumentará el caudal de la cultura objetiva? ¿Podrá ser un movimiento que no sólo multiplique y reproduzca, sino que produzca y cree? Es posible que el feminismo eleve extraordinariamente el nivel de la cul-

tura subjetiva, como opinan sus partidarios. Es posible también que lo rebaje, como profetizan sus enemigos. Pero, en todo caso, si el feminismo llega a producir un aumento en los contenidos de la cultura objetiva, este resultado será independiente por completo del que obtenga en punto a cultura subjetiva. Y lo que nosotros aquí nos proponemos es computar las probabilidades de que las mujeres logren aumentar el acervo objetivo de la cultura, o, mejor dicho, estudiar las bases, los fundamentos de esas probabilidades, esto es, las relaciones esenciales que mantiene la naturaleza femenina con la cultura objetiva.

Carácter masculino de la cultura objetiva

Quede ante todo establecido el hecho de que la cultura humana, aun en sus más depurados contenidos, no es asexuada. No por objetiva hemos de figurárnosla situada allende la diferencia entre varón y hembra. Nuestra cultura, en realidad, es enteramente masculina—con excepción de muy escasas esferas—. Son los hombres los que han creado el arte y la industria, la ciencia y el comercio, el Estado y la religión. Y si todo el mundo cree en una cultura puramente «humana», indiferente a la dualidad sexual, es porque todo el mundo ingenuamente identifica «hombre» con «varón», y hasta en algunos idiomas se usa la misma palabra para los dos conceptos. Y esta identificación,

por otra parte, es también la causa de que no exista una cultura verdaderamente asexuada. ¿A qué es debido este carácter masculino de nuestra cultura? ¿Procede acaso de la esencia íntima de los sexos, o de una prepotencia de los varones, sin relación intrínseca con el problema de la cultura? Queden por el momento incontestadas estas preguntas. En todo caso, puede decirse que la masculinidad de la cultura es la causa por la cual suelen desestimarse por «femeninas» las producciones insuficientes en las más varias esferas y ponderarse por «varoniles» los hechos o creaciones notables de algunas mujeres. Por eso, la índole misma —y no sólo la cantidad—de nuestra labor cultural solicita las energías varoniles, los sentimientos varoniles, la intelectualidad varonil. Y esto adquiere una importancia enorme al extenderse por todos los ámbitos de la cultura, sobre todo en aquellas capas que pudiéramos llamar de la semi-productividad, en donde no se trata de extraer una primicia absoluta del fondo espiritual creador, pero tampoco de repetir mecánicamente un modelo propuesto, sino de cierto término medio. La historia de la cultura no ha prestado atención suficiente a esta región media de la productividad. Tiene, sin embargo, una enorme importancia para el estudio de las finas estructuras sociales. Hay amplios sectores de la técnica, del comercio, de la ciencia, de la milicia, de la literatura y del arte que requieren innumerables productos de originalidad por decirlo así secundaria; productos que, dentro de ciertas formas y condiciones dadas, exigen, sin embargo, iniciativa, carácter, fuerza creadora. Y justamente en ellos resulta evi-

dente el empleo de las energías masculinas, porque esas formas y condiciones proceden del espíritu masculino y transmiten este carácter a dichas producciones por decirlo así epigonales.

Citaré sólo un ejemplo del carácter masculino que poseen los contenidos culturales al parecer neutros. Con frecuencia se afirma que las mujeres no tienen sentido jurídico y manifiestan antipatía por las normas y las sentencias del derecho. Pero no hace falta interpretar este sentimiento como una oposición al derecho en general, sino sólo al derecho *masculino*, único que poseemos y que, por lo tanto, nos aparece cual el derecho en absoluto—como igualmente nuestra moral histórica, la moral de un tiempo y de un lugar, nos parece realizar cumplidamente el concepto de la moral en general. El sentido femenino de la justicia —tan diferente en muchos puntos del masculino—daría lugar a un derecho también distinto. Pues, por muy problemático que tal sentimiento sea para la lógica, ello no debe ocultarnos que, en última instancia, la legislación y la jurisprudencia descansan sobre él. Si existiere un fin último objetivo de todo derecho, podrían, sin duda, construirse las determinaciones jurídicas por vía racional, orientándolas en el sentido de dicho fin. Pero este fin, a su vez, no podría quedar establecido sino merced a un acto supralógico, que sería en el fondo otra forma del «sentimiento de la justicia» o su cristalización en una esfera lógica. Pero no siendo así, el sentimiento de la justicia permanece como en estado líquido, mezclándose en toda determinación y decisión particular, del mismo modo que el protoplasma

indiferenciado se encuentra en mayor o menor cantidad en casi todas las células de los cuerpos animales organizados. Así, pues, todo sentimiento de la justicia, si posee determinación propia y continuidad, puede producir un derecho. El sentimiento femenino de la justicia podría producirlo, aunque no sería reconocido como «derecho» objetivo y válido porque estamos harto acostumbrados a identificar la objetividad con la masculinidad.

La división del trabajo

Si los contenidos de nuestra cultura no son neutros en realidad, sino que poseen un carácter masculino, ello es debido a una complicada compenetración de motivos históricos y psicológicos.

La cultura, que en último término es un estado de los sujetos, toma su camino por entre las objetivaciones del espíritu. Ahora bien, la esfera de lo objetivo se extiende y amplifica cada vez más con los progresos de los grandes períodos. Los individuos, empero, que han de recorrer por sí mismos de nuevo todas las etapas quedan rezagados con sus intereses, con su evolución, con su productividad individual. La cultura objetiva aparece así por último como la cultura en general. Su injerto en el sujeto deja de ser su sentido y fin propios para convertirse en asunto privado y personal, sin notoria importancia. La marcha acelerada de la evolución empuja las cosas más que a los hom-

bres, y el «divorcio entre el trabajador y los medios de trabajo» aparece simplemente como un caso especial económico de la tendencia general a acentuar, en la eficacia y valor de la cultura, no el hombre, sino el desarrollo y la perfección de las realidades objetivas.

Esta «cosificación» de nuestra cultura—que no necesita ser demostrada—guarda estrecha relación con otro importantísimo rasgo suyo: el especialismo. El hombre que produce, no un todo, sino un trozo sin propio sentido, sin propio valor, no puede verter su persona en su obra, no puede contemplarse en su trabajo. Entre la integridad del producto y la integridad del productor existe un nexo constante, como cumplidamente se echa de ver en la obra artística, cuya unidad sustantiva exige un creador único y se rebela contra toda coordinación de labores especiales diferenciadas. En la producción especializada, el sujeto permanece como ajeno al trabajo. El resultado de su labor se incorpora a un conjunto impersonal, a cuyas exigencias objetivas ha de someterse. Este conjunto se contrapone, por decirlo así, a cada uno de los colaboradores, quienes no lo contemplan como cosa propia y reflejo de su personalidad. Si en nuestra cultura el elemento real no predominase sobre el elemento personal, fuera irrealizable la moderna división del trabajo. Mas, por otra parte, si la división del trabajo no existiese, los contenidos de la cultura no hubieran adquirido ese carácter de marcada objetividad.

El alma femenina es unitaria

Ahora bien, la historia toda demuestra que la división del trabajo conviene mucho mejor con la índole del hombre que con la de la mujer. Hoy aún, a pesar de que un gran número de tareas diferentes han quedado eliminadas de la unidad doméstica, la labor de regir el hogar resulta más múltiple, menos especializada que cualquier profesión masculina. Dijérase que el varón puede emplear sus energías en una sola dirección fija sin menoscabo de su personalidad. Y es porque considera esa actividad diferenciada, desde un punto de vista puramente objetivo, como algo separado y distinto de su vida personal y privada, aun cuando se entregue a ella con la máxima intensidad posible. Mas precisamente lo que le falta a la mujer es esa facultad tan masculina de mantener intacta la esencia personal a pesar de dedicarse a una producción especializada, que no implica la unidad del espíritu. El hombre lo consigue merced a la distancia de objetividad en que coloca su trabajo. Pero la mujer no puede lograrlo. Y no significa esto en ella un defecto, una carencia, sino que lo que aquí expresamos en forma negativa de falta es en ella la resultante de su positiva naturaleza. En efecto; si quisiéramos manifestar con un símbolo el carácter propio del alma femenina, podríamos decir que en la mujer la periferia está más estrechamente unida con el centro y las partes son más

solidarias con el todo, que en la naturaleza masculina. Y así resulta que cada una de las actuaciones de la mujer pone en juego la personalidad total y no se separa del yo y sus centros sentimentales. En cambio, en el hombre existe esa diferenciación, que le permite recluir su trabajo en la región de la objetividad, haciendo así compatible el especialismo inánime con una existencia personal colmada de espíritu y vida (aunque no faltan casos en que esta última se marchita por culpa del primero).

El carácter unitario de la mujer, que nosotros expresamos con los conceptos negativos de indiferenciación, falta de objetividad, etc. —acaso porque el idioma y los conceptos están hechos esencialmente por y para los varones—, se marca en dos rasgos especiales y muy distantes uno de otro. Al tratarse de nombrar vigilantes femeninos para las prisiones, los jefes experimentados de los establecimientos penales han insistido mucho sobre la necesidad de colocar en esos puestos mujeres sumamente educadas. En efecto, el preso varón se somete generalmente de buen grado a su vigilante, aun cuando éste le sea inferior en cultura y educación. En cambio, las presas provocan casi siempre dificultades a la guardiana si se sienten superiores a ella en cultura. Esto significa que el hombre establece una distinción entre su personalidad total y la relación particular del momento, considerando ésta en su pura objetividad, sin mezcla de elementos extraños. La mujer, empero, no puede desligar de sí misma esa relación momentánea, no puede considerarla por modo impersonal; la siente, por el contrario, en la unidad indivisa de su ser unitario, y, por consiguiente, hace las comparaciones y saca las consecuencias que implica la relación de *toda* su personalidad con *toda* la personalidad de su guardiana.

Este modo de ser unitario de la mujer explica asimismo el segundo rasgo que queríamos citar. Es éste la gran susceptibilidad de las mujeres, que se sienten ofendidas más pronto y más fácilmente que los hombres. No porque los elementos y estructura de su alma sean más débiles o tiernos, sino porque la insuficiente diferenciación, la unidad compacta de la naturaleza femenina no le permite, por decirlo así, localizar un ataque. Y así resulta que la agresión a un punto determinado invade bien pronto toda la personalidad y, naturalmente, llega a herir otros puntos del alma muy sensibles y dolorosos. Si las mujeres se ofenden más pronto que los hombres en iguales circunstancias es, pues, porque muchas veces sienten en toda su persona un ataque que no iba propiamente dirigido sino a un punto singular. Son naturalezas más unitarias y cerradas que los hombres. En ellas, la parte no se separa del todo para llevar una vida por decirlo así independiente.

La fidelidad

Esta estructura fundamental del alma femenina encuentra su expresión histórica en el hecho de que la mujer haya permanecido ajena a la cultura objetiva

especializada. Podemos empero compendiarla en un rasgo psicológico: la fidelidad. Fidelidad significa, en efecto, que el conjunto y unidad del alma permanece inseparablemente ligado a uno de sus contenidos. Todo el mundo conviene en que las mujeres son mucho más fieles que los hombres—comenzando por su adhesión inquebrantable a los viejos objetos propios o de personas queridas, a los «recuerdos» materiales o espirituales. La unidad indivisa de su naturaleza guarda cohesión con cuanto una vez estuvo en ella; de suerte que los valores y sentimientos que antaño envolvieron un objeto, se conservan para la mujer como adheridos a ese objeto. El hombre es menos piadoso que la mujer porque, merced a su alma diferenciada, considera las cosas más bien en su aspecto objetivo, sustantivo, separado. La facultad de escindirse en multitud de direcciones, de separar la periferia del centro, de arrancar intereses y ocupaciones a su nexo unitario, para hacerlos independientes—todo esto dispone a la infidelidad. Porque la evolución puede afincar ora en un interés, ora en otro; puede conducir a los hombres a las más varias formas; puede otorgar a todo presente la más completa libertad de decidirse por sí mismo y objetivamente. Con lo cual queda abierta para la actividad una muchedumbre de direcciones posibles, sin que ninguna esté de antemano prejuzgada. Esto, empero, es incompatible con la fidelidad. La diferenciación y la objetividad son, según la lógica de la psicología, los contrarios de la fidelidad. Porque la fidelidad, al fundir la persona, sin reservas y para siempre, con un interés particular, con un sentimiento, con una emoción, impide que el yo retroceda y se distinga de sus propios acontecimientos. El divorcio entre cosa y persona tiene siempre algo de infidelidad. A él se resiste la naturaleza femenina, más fiel que la masculina. Y la consecuencia es que la mujer se halla interiormente apartada de una cultura productiva que el especialismo ha hecho objetiva y que el objetivismo ha hecho especializada.

La productividad femenina

Si, pues, las mujeres fallan en la producción cultural, ello no significa un defecto dinámico, una falta de fuerza ante las exigencias humanas y universales. Significa tan sólo que la índole femenina—cuyos contenidos vitales existen por la energía de un indivisible centro subjetivo y permanecen siempre fundidos en el foco de la personalidad—es inadecuada para actuar en el mundo de puras cosas que la naturaleza diferencial del varón ha edificado. Sin duda, los hombres son más objetivos que las mujeres. Mas ¿por qué hemos de considerar evidentemente la objetividad varonil como lo más perfecto, y la vida indiferenciada, la indistinción del todo y las partes como lo más débil, lo «menos desarrollado»? Al pensar así cometemos un círculo vicioso, porque, para determinar el valor respectivo de la masculinidad y la feminidad, instituímos de antemano como juez la idea masculina del valor. Sólo hay un medio de evitar este círculo, y es mante-

ner con gran consecuencia un dualismo radical, reconocer que la existencia femenina tiene otras bases, fluye por cauces radicalmente distintos que la masculina; construir dos tipos vitales, cada uno con su fórmula autónoma. Sólo así es posible disipar el ingenuo prejuicio que confunde los valores masculinos con los valores en general. Esta confusión se sustenta en poderes históricos que encuentran su expresión lógica en el fatal equívoco del concepto de la «objetividad». En efecto, objetividad significa por una parte la idea pura, neutral, la idea que se cierne sobre las parcialidades de los dos sexos. Pero, por otra parte, «objetivo» es también la forma peculiar que corresponde a la producción específica del varón. Lo primero es una idea abstracta, superhistórica, superpsicológica. Lo segundo es una forma histórica, un producto de la varonilidad diferencial. Y los criterios que emanan de lo segundo, comoquiera que se expresan con la misma palabra que lo primero, se apropian la idealidad abstracta de éste. Así resulta que aquellos seres que por su naturaleza no pueden actuar en la objetividad específica del varón aparecen como desestimados, disminuídos también desde el punto de vista de la objetividad superhistórica, absoluta y abstracta (que nuestra cultura no realiza o realiza muy esporádicamente).

Existe, pues, una oposición efectiva entre la esencia general de la mujer y la forma general de nuestra cultura. Por eso, dentro de esta cultura, la producción femenina tropieza con tanto mayor número de obstáculos cuanto que las *exigencias* que se le plantean son más generales y formales. Y esto precisamente sucede en

el caso de las creaciones originales. Cuando se trata de recibir y combinar contenidos ya hechos, es más fácil que se produzca una adaptación al carácter total de la esfera cultural. Pero cuando se trata de hacer surgir una creación espontánea del fondo personal propio, entonces ha de entrar en juego la facultad morfogenética y aplicarse a los elementos mismos. En el caso extremo, esta actividad creadora se encuentra ante un material absolutamente desnudo de toda forma, y el alma ha de franquear paso a paso, sin respiro, la distancia que separa lo informe de la creación ya informada. Estas reflexiones nos descubren el orden en que las actividades femeninas consiguen mejor adaptarse a la cultura objetiva, a la cultura masculina. En el arte, la esfera propia de la mujer está constituída por las artes reproductivas: arte dramático (más adelante hablaremos de otro aspecto de esta actividad), ejecución musical, el tipo sumamente característico de la bordadora, cuya habilidad y laboriosidad incomparables se aplican a la reproducción de un modelo «dado». En las ciencias, es notoria la facilidad con que las mujeres reúnen y coleccionan datos; y en esta clase de labor llegan a sus más altos rendimientos con la profesión de maestra, que les permite conservar su independencia funcional, transmitiendo una tradición ya formada. En suma: dentro de la cultura actual, la actividad femenina es tanto más eficaz cuanto que el objeto de su trabajo está más impregnado del espíritu de esta cultura, es decir, del espíritu masculino. En cambio, fracasa generalmente en la creación, es decir, cuando sus energías originales, que de antemano están

dispuestas por modo diferente del masculino, tienen que verterse en las formas que exige la cultura objetiva, la cultura masculina.

El trabajo femenino

Ahora bien, esta cultura es masculina en dos sentidos. No sólo porque procede en forma objetiva y especializada, sino también porque las realizaciones de esa forma, las actividades particulares, los elementos productivos están coordinados en profesiones de la manera más conveniente y adecuada a las capacidades del hombre, al ritmo e intención masculinos. Así, pues, aun prescindiendo de la radical dificultad que para las mujeres representa la forma masculina, todavía quedaría este otro obstáculo: que si las mujeres quisieran ser científicos o técnicos, médicos o artistas al modo como lo son los hombres, esa misma voluntad significaría inadecuación, significaría renuncia a crear nuevas intensidades y cualidades de la cultura. Sin duda, el hecho se producirá con harta frecuencia y tendrá por resultado el aumento de la cultura subjetiva. Pero ya que ha de existir una cultura objetiva, y puesto que las mujeres se doblegan a su forma, entonces, para que la aportación femenina sirva a la creación de nuevos matices y amplificaciones, es preciso que las mujeres realicen justamente *lo que los hombres no pueden realizar*. Este es el núcleo del problema, el gozne sobre que gira toda la relación entre el movimiento feminista y la cultura objetiva.

En ciertas esferas de la actividad existen unidades de trabajo que se consideran actualmente como objetivas, cuando, en realidad, no son más que síntesis de funciones parciales, pero estas síntesis resultan adecuadas al modo de trabajar los hombres. Ahora bien, una división de dichas unidades sintéticas puede crear ramas de actividad específicamente femeninas. Los trabajadores ingleses han introducido este principio en un sector pequeño y material. Las mujeres, aprovechándose de que viven en condiciones de mayor baratura que los hombres, han empezado a suplantarlos y han provocado así una rebaja de salarios. Las sociedades obreras combaten por eso enérgicamente el trabajo femenino. Pero algunos sindicatos, por ejemplo, los tejedores de algodón y géneros de punto, han encontrado una solución que consiste en una tabla de salarios para todas las funciones parciales, aun las más menudas, del trabajo en la fábrica. Estos salarios son pagados por igual a quien desempeña la función, ya sea un hombre, ya una mujer. Este arreglo, inventado propiamente para evitar la competencia entre hombres y mujeres, ha tenido por resultado imprevisto una división del trabajo en la cual las mujeres han monopolizado, por decirlo así, las funciones más adecuadas a sus fuerzas y destreza, dejando a los hombres las más convenientes a la índole masculina. El más autorizado conocedor de la vida de los trabajadores ingleses dice lo siguiente: «Por cuanto se refiere al trabajo manual, las mujeres constituyen una clase especial de trabajadores, con distintas capacidades y necesidades que los hombres. Para mantener a los dos sexos en el mismo estado de

salud y de productividad, es muchas veces necesario *diferenciar las tareas.*» El gran problema del trabajo femenino en la cultura recibe aquí una solución, por decirlo así, ingenua. La nueva línea queda trazada por el complejo de tareas que reúne en profesiones especiales los diferentes puntos predestinados para las facultades específicas de la mujer. Aquí ya puede decirse que las mujeres hacen lo que los hombres no pueden hacer. Pues aunque éstos lo han hecho hasta ahora, es claro que las tareas adecuadas a las fuerzas femeninas quedan mejor cumplidas por el trabajo específico de las mujeres.

La mujer médico

Dejemos esta posibilidad, que aun para el *conocimiento* sólo en la práctica podría manifestarse, y consideremos otra: la de que una producción 'específicamente femenina y al mismo tiempo original venga a llenar los huecos que dejan las creaciones masculinas. Aun en la esfera científica hemos de limitarnos aquí a algunas observaciones esporádicas. Primero, en la medicina. No se trata del valor—sin duda muy considerable—práctico y social de las mujeres médicos, que son en esto tan capaces como los hombres. Se trata de saber si podemos abrigar la esperanza de que la mujer aumente con cualidades nuevas el caudal de la cultura médica en aquellos puntos en que resultan insuficientes los hombres. A mi juicio, es ello posible.

Y la razón es que tanto el diagnóstico como el tratamiento dependen en no escasa medida de que el médico posea la facultad simpática de sentir en cierto modo dentro de sí mismo el estado del paciente. Los métodos objetivos de la investigación clínica llegan a veces a resultados prematuros si no les acompaña una especie de conocimiento subjetivo—que puede ser inmediato e instintivo o adquirido por manifestaciones externas—del estado y sentimientos del enfermo. Considero este conocimiento complementario como eficacísimo supuesto o disposición para el arte médico, si bien por su carácter espontáneo y evidente no suelen los médicos darse cuenta de él; y ésta es la razón por la cual no han sido estudiadas todavía sus gradaciones, sus variadas condiciones y consecuencias. Ahora bien, entre esas condiciones, que han de darse en mayor o menor grado y cuya abundancia decide de la mayor o menor inteligencia médica, está una cierta analogía constitucional entre el médico y el enfermo. En esto se basa sin duda alguna el hecho obscuro, pero no por eso menos cierto y eficaz, de que el médico reproduce interiormente en cierto modo el estado del paciente. Y tanto mejor cuanto es más afín a la constitución del enfermo. En este sentido, un experimentado especialista en enfermedades nerviosas ha dicho que para conocer bien ciertos trastornos nerviosos es preciso haber sentido algo análogo en uno mismo. Se impone, pues, la consecuencia de que las mujeres médicos, tratándose de enfermos del sexo femenino, no sólo han de hacer un diagnóstico más exacto, no sólo han de sentir más delicadamente la eficacia posible del

tratamiento, sino que pueden descubrir nexos y relaciones científicas puras, contribuyendo así, por modo nuevo y original, al aumento de la cultura *objetiva*, porque la mujer encuentra en su constitución similar un instrumento de conocimiento que el hombre no tiene. Y me inclino a creer que la mayor libertad con que las mujeres comunican sus sensaciones a la mujer médico no proviene sólo de ciertos motivos fáciles de imaginar, sino también de que se sienten mejor comprendidas en muchos puntos por otra mujer que por un hombre. Y este hecho se verifica principalmente en las mujeres de las clases inferiores, las cuales, como disponen de imperfectos medios de expresión, confían en una especie de compenetración instintiva. Aquí, pues, las mujeres podrían quizá, *merced a su sexo*, producir, en puro sentido teórico, resultados que escapan a los hombres.

La mujer historiador

Si es cierto el principio de que una disposición subjetiva distinta produce un conocimiento distinto, el alma femenina podría también crear productos específicos en la ciencia de la historia. La crítica del conocimiento ha demostrado la falsedad y superficialidad de ese realismo que considera la ciencia histórica como una reproducción—lo más fiel, lo más fotográfica posible—de los acontecimientos «tal como realmente fueron». La historia no es una traslación de la realidad inmediata a la conciencia científica. Sabemos hoy que el acontecer no es conocido como tal, sino más bien vivido, y que la historia se constituye merced a la actividad de ciertas funciones, determinadas por la estructura e intenciones del espíritu que conoce. La historia—resultado de esa actividad—conserva el carácter determinado de dichas funciones. No por eso hemos de considerar la historia como algo «subjetivo», como algo ajeno a la distinción entre verdad y error. La verdad no es la reproducción de los acontecimientos en el espejo del espíritu. La verdad consiste en cierta relación funcional entre el espíritu y los acontecimientos, de manera que las representaciones, siguiendo sus propias necesidades, obedecen al mismo tiempo a una exigencia de las cosas—exigencia que, sea cual fuere, no consiste desde luego en ser fotografiados por las representaciones.

Me refiero aquí tan sólo a uno de los problemas en donde se manifiesta ese carácter de la visión histórica, que depende, inevitablemente, de la estructura espiritual del historiador y de las peculiaridades de esa estructura. Si el conocimiento histórico se limitase a lo que, en estricto sentido, hemos comprobado, tendríamos un montón de fragmentos inconexos. Para formar con ellos las series uniformes de «la historia», necesitamos de continuo interpolar, completar por analogía, ordenar según conceptos de evolución. De otra suerte, no podemos describir ni siquiera el tráfico de una calle que hemos visto con nuestros propios ojos. Mas por debajo de esta capa en donde hasta las series de los hechos inmediatos reciben por esponta-

neidad espiritual sus nexos y significaciones, hay otra, que es la que propiamente informa la historia. Y en ella esa espontaneidad es decisiva. Suponed que conociéramos íntegramente todos los acontecimientos que pueden comprobarse por los sentidos en el mundo humano. Pues todo eso que sabríamos por la vista, el tacto o el oído sería tan indiferente, tan insignificante como el paso de las nubes por el cielo o el rumor del viento en la enramada, si no le diésemos interpretación psicológica, es decir, si tras ese suceder externo no pusiéramos un pensamiento, un sentimiento, una voluntad, que nunca podemos establecer inmediatamente, pero que sospechamos, inferimos, introducimos en los hechos merced a nuestra fantasía sensitiva.

Esta construcción de la historia mediante nuestra imaginación, que reproduce por dentro lo eternamente inaccesible a la experiencia—pues lo exterior no tiene sentido histórico sino como manifestación de las almas, como consecuencia o causa de los procesos psíquicos—, no suele ser advertida claramente; porque la vida diaria transcurre también en continuas suposiciones sobre el valor psíquico de las manifestaciones humanas, que sabemos interpretar en la práctica con gran seguridad y plena evidencia.

Ahora bien, esta interpretación psicológica que lleva a cabo el historiador supone una relación peculiar de igualdad y de desigualdad entre el sujeto y sus objetos. Tiene primero que haber entre ellos cierta igualdad fundamental. En efecto, un habitante del globo terráqueo quizás no «comprendería» al habitante de otra estrella, aun cuando conociera puntualmente

toda su actitud y conducta exterior. En general, comprendemos a nuestros compatriotas mejor que a los extranjeros, a nuestros familiares mejor que a los extraños, a los hombres de temperamento similar al nuestro mejor que a los de temperamento contrario. Si comprender es como reproducir un proceso psíquico que no podemos percibir directamente, resultará que comprendemos a un espíritu tanto mejor cuanto más nos semejamos a él. Sin embargo, no ha de haber en esto el paralelismo de una reproducción mecánica. No hace falta ser un César para comprender a César, ni un San Agustín para comprender a San Agustín. Es más: algo de diferencia introduce muchas veces una distancia o lejanía más favorable para el conocimiento psicológico del otro que la identidad de tipo psíquico.

La inteligencia psicológica—y por tanto también la histórica—se determina visiblemente por una relación muy variable entre su sujeto y su objeto. Esta relación no ha sido aún analizada, pero de seguro no cabe definirla con la expresión abstracta de una simple mezcla cuantitativa de igualdad y desigualdad. Pero de cuanto llevamos dicho, una conclusión parece desprenderse: que dentro de cierto margen, envuelto, sin duda, en construcciones fantásticas y frágiles, una misma imagen externa produce en almas diferentes imágenes internas diferentes, esto es, imágenes que insinúan en lo externo una interpretación psicológica; y todas estas imágenes internas son por igual valederas. No se trata de hipótesis distintas sobre uno y el mismo objeto real; no se trata de explicaciones, una de las cuales tan sólo puede ser la exacta (aun cuan-

do también esto sucede con harta frecuencia). Esas imágenes internas guardan entre sí la misma relación que los diferentes retratos de un mismo modelo por pintores distintos pero todos igualmente cualificados. Ninguno de esos retratos es «el exacto»; cada uno constituye un conjunto cerrado, que se justifica en sí mismo y por su peculiar relación con el modelo; cada uno manifiesta del modelo algo que no dicen, pero que tampoco desmienten, los demás *.

La interpretación psicológica que las mujeres hacen de los hombres es en muchos puntos radicalmente distinta de la que hacen de las mujeres mismas, e inversamente. Gœthe, en una ocasión, manifiesta—contradiciéndose, al parecer—que su idea de las mujeres le era, sin duda, innata, y que, *por eso mismo*, sus tipos femeninos resultaban mejores que la realidad. Propiamente, no cabe suponer (y Gœthe sería el último en hacerlo) que las ideas innatas sean mentirosas. Sin embargo, en esa expresión paradójica se revela efectivamente el sentimiento de que la concepción profunda de las almas ajenas depende del alma propia del sujeto que las concibe. Existe además una experiencia general, impersonal, sobre los hombres. Y esta experiencia no necesita coincidir siempre con aquella otra que nace de nuestro ser profundo y penetra en los demás.

De las razones indicadas, me parece que podemos concluir que, siendo la historia en cierto sentido una psicología aplicada, la índole femenina puede constituir la base de producciones muy originales en la investigación histórica. La mujer, por serlo, contiene en su alma una mezcla de igualdad y desigualdad con el objeto histórico en proporciones distintas de las del hombre, por lo cual ha de ver distintas cosas que el hombre. Pero, además—y sobre todo—, ha de ver las mismas cosas de distinta manera, precisamente por ser distinta su peculiar estructura psicológica. Así como para la naturaleza de la mujer la existencia en general aparece con otro cariz que para el varón, sin que éstas dos interpretaciones sucumban a la simple alternativa de verdad o falsedad, así también el mundo histórico, reflejado en el alma femenina, ha de ofrecer distinto aspecto en sus partes como en su conjunto. Estas posibilidades podrán parecer muy problemáticas y su importancia podrá, por de pronto, quedar limitada a una cuestión de principio. Pero, en mi opinión, caben en la ciencia histórica funciones específicamente femeninas, productos basados en la especial constitución de los órganos perceptores, sentimentales y constructivos de la mujer, desde la más fina inteligencia de los movimientos populares, hasta la intuición aguda de las motivaciones inconfesadas, e incluso la simple interpretación de las inscripciones.

* Sobre estas condiciones *a priori* de la historia, véase mi libro *Problemas de la filosofía de la historia*, capítulo primero.

La mujer escritora

Donde más admisible ha de parecer la actuación femenina en pro de la cultura es, sin duda, en la esfera del arte. Ya se advierten indicios de ella. Exis-

ten ya en la literatura una serie de mujeres que no tienen la ambición servil de escribir «como un hombre», que no delatan, por el uso de pseudónimos masculinos, el desconocimiento total de las originalidades propias y específicas de su sexo. Sin duda, es muy difícil, aun en la cultura literaria, dar expresión a los matices femeninos, porque las formas generales de la poesía son creaciones del varón, y como, por ahora al menos, las *formas* poéticas específicamente femeninas, aunque posibles, quedan aún recluídas en las regiones de Utopía, subsiste una leve contradicción con el propósito de llenar las formas masculinas en un contenido femenino. En la lírica femenina, y justamente en sus más logradas producciones, percibo muchas veces un cierto dualismo entre el contenido personal y la forma artística, como si el alma creadora y la expresión no tuviesen el mismo estilo. La vida íntima de la mujer tiende a objetivarse en figuras estéticas; pero, por una parte, no logra llenar los contornos de estas figuras, de manera que, para dar satisfacción a las exigencias formales, se ve precisada a echar mano de cierta trivialidad y convencionalismo, y por otra parte siempre queda dentro un resto de sentimiento vivo que permanece informe e inexpreso.

Quizá en esto tenga aplicación lo que se dice de que «la poesía es traición». Porque parece que las dos necesidades humanas, la de descubrirse y la de encubrirse, se hallan mezcladas en el alma femenina con distinta proporción que en la masculina. Ahora bien, las formas tradicionales internas de la lírica—el vocabulario, la esfera sentimental en que se mantiene, la

relación entre el sentimiento y el símbolo expresivo—suponen un módulo general de la expresión psíquica cuyo carácter es netamente masculino. Y si el alma femenina, de temple harto diferente, quiere expresarse en las mismas formas, ha de resultar de aquí, por una parte, cierto desabrimiento (que, sin duda, se encuentra también en muchos líricos masculinos, sin que por eso deba prescindirse de nexo *tan general*), y por otra parte, la chocante impudicia que en algunas poetisas modernas brota como espontánea de la discrepancia entre su ser y el estilo tradicional del lirismo, y en otras revela una gran desviación interna de la índole femenina. De todos modos, las publicaciones de estos últimos años me parecen preludiar, aunque con leve vuelo, la formación de un estilo lírico específicamente femenino.

Por lo demás, es interesante advertir que en la esfera de la canción popular hay muchos pueblos en donde las mujeres producen con la misma fecundidad y originalidad que los hombres. Esto significa que en una cultura aún no desarrollada, cuando todavía no existe una plena objetivación del espíritu, no hay ocasión para que se manifiesten las discrepancias de que tratamos. Si las formas de la cultura no han recibido todavía un sello fijo y especial, no pueden tener tampoco carácter masculino predominante; y entonces las energías femeninas, hallándose aún en estado de indiferenciación (que corresponde a la mayor igualdad física de los sexos, observada por los antropólogos en los pueblos primitivos), no necesitan exteriorizarse en formas inadecuadas, sino que se plasman libremente si-

guiendo sus propias normas, que, en tales casos, no están aún, como hoy, diferenciadas de las masculinas.

Aquí, como en muchos otros procesos evolutivos, el estadio superior repite la forma del estadio inferior. La producción más sublime de la cultura espiritual, la matemática, es acaso también la que más lejos se halla de la diferencia entre hombre y mujer. Los objetos de la matemática no dan la menor ocasión a que el intelecto reaccione de modo distinto en el hombre que en la mujer. Así se explica que sea precisamente en la matemática más que en otras ciencias donde las mujeres han mostrado honda penetración y han realizado notables trabajos. La abstracción de la matemática se halla, por decirlo así, *tras* la diferencia psicológica entre los sexos, como la esfera del canto popular se halla *antes* de ella.

La creación novelesca parece ofrecer a las mujeres menos dificultades que los demás géneros literarios, porque su problema y su estructura artística no están aún fijados en formas rígidas y rigurosas. Los contornos de la novela no son fijos; sus hilos se entrecruzan sin reanudarse en una unidad cerrada; muchos van a perderse, por decirlo así, fuera de sus límites, en lo indeterminado. Su realismo inevitable no le permite sustraerse al caos de la realidad y organizarse en estructuras rítmicas, regulares, como la lírica y el drama. En estos últimos géneros literarios, la rigidez de la forma es como una condición previa de masculinidad. En cambio, la laxitud, la flexibilidad de la novela deja campo abierto a la labor propiamente femenina. Por eso, el instinto ha empujado hacia la novela a las

mujeres de temple literario, que han visto en este género su esfera propia y peculiar. La forma novelesca, por lo mismo que en sentido riguroso no es «forma», resulta suficientemente maleable. Y así hay algunas novelas modernas que pueden contar entre las creaciones específicas del sexo femenino.

(Concluirá.)

Jorge Simmel

